

# Chile Central: Géneros, identidades, territorios rurales

Avance de investigación Fondecyt en curso N°1120425

Géneros, identidades, territorios

Ximena Valdés Subercaseaux (ximena.valdes@cedem.cl)

## Resumen

El mundo rural ha sido testigo de cambios estructurales, sociales y culturales de distinta naturaleza y profundidad que han modificado las bases de reproducción de campesinos/as y trabajadores/as agrícolas. La modernización, urbanización y desdibujamiento entre fronteras rural/urbanas conforman el marco de estas transformaciones.

La ponencia aborda los cambios en las identidades de género en localidades de áreas campesinas y empresas/fundos, basándose en estudios longitudinales que abarcan tres generaciones. Apuesta a comprender cómo hombres y mujeres han experimentado los cambios ocurridos en el medio rural, cómo se ha visto afectado el campo cultural especialmente en las identidades y relaciones de género teniendo como punto de partida la generación nacida entre las décadas del 30 y 50 del siglo pasado.

**Palabras clave:** géneros, identidades, territorios

## Introducción

Hace medio siglo la reforma agraria (1962-73) sacudió a la sociedad rural modificando las distinciones, diferencias e incluso las fronteras que hasta entonces separaban el campo y la ciudad. Se amplió el acceso de los habitantes del campo a instituciones públicas, se igualaron los derechos de los trabajadores urbanos y rurales, se ampliaron los años de escolaridad y el acceso a los sistemas de salud.

La política de redistribución de tierras junto a la legislación laboral terminó con lo que quedaba de la vieja institución del inquilinaje y el sistema de dominación hacendal tocó su fin.

En la década del setenta conocida como la de la contra-reforma se asistió al fin de ese proceso redistributivo y al congelamiento –por no decir al retroceso- de los derechos adquiridos por los trabajadores agrícolas por la formulación de un nuevo Código del Trabajo (1979). En cambio, las políticas agrícolas y forestales y de comercio exterior promovieron la expansión de las empresas y la orientación de la producción al mercado externo. El Estado congeló sus políticas de promoción a los campesinos mientras el mercado se transformó en el eje articulador del desarrollo agrícola.

Las resultantes de la contra-reforma aplicada bajo la dictadura militar fueron incrementar las explotaciones agrícolas de tamaño familiar, consolidar las medianas y grandes por medio de la devolución de tierras a empresarios agrícolas, la agilización del mercado de tierras abriéndolo a capitales urbanos y transnacionales y la creación de condiciones para la expansión de la producción silvo-agropecuaria orientada a la exportación.

La globalización de la economía agraria chilena transformó el paisaje por el cambio en el uso del suelo agrícola y el proceso de urbanización del mundo rural se acentuó. De su lado, los incentivos al cambio en el uso del suelo a favor de los cultivos de exportación indujeron la feminización del mercado de trabajo temporal y la pérdida de puestos de trabajo estables de los hombres que fueron impulsados a formar parte, como las mujeres, del mercado de trabajo temporal.

Hacia fines de los años ochenta pero en particular en los noventa y dos mil, en un contexto de democratización, un conjunto de políticas públicas contribuirán a modificar las formas de vida de la

población rural: ampliación de infraestructura, una amplia red de caminos y carreteras, electrificación rural, acceso al agua potable, subsidio a la vivienda rural, programas de promoción a la producción para pequeños propietarios, hombres y mujeres así como políticas de promoción de la mujer rural. De su lado, el mercado de bienes y servicios logrará por medio del crédito de consumo acceso a artefactos domésticos, vestuario, TV y telefonía celular de tal suerte que la artesa es reemplazada por la lavadora, el fogón por la cocina a gas, se accede a frigorífico y la televisión llega al hogar campesino acercando a la población a la ciudad y a las personas entre ellas por medio del celular mientras el computador y el notebook va a facilitar contactos y acceso a la información entre los jóvenes que, a diferencia de sus abuelos, han ampliado sus años de escolaridad.

Este conjunto de procesos y políticas públicas favorecerán el desmantelamiento de las fronteras entre el campo y la ciudad que diferenciaron las formas de vida rurales y urbanas hasta los años sesenta-setenta del siglo pasado.

Basándonos en estudios longitudinales consistentes en entrevistas a tres grupos de parentesco a lo largo de tres generaciones en tres localidades rurales buscamos comprender cómo hombres y mujeres han experimentado estos cambios y como se han transformado las identidades y relaciones de género teniendo como punto de partida la generación nacida entre las décadas del 30 y 50 del siglo pasado, seguida por los hijos y nietos de ambos sexos.

Los temas abordados a través de la genealogía familiar en cada grupo de parentesco son los **cambios en las configuraciones familiares, el proceso de desagrarización de las ocupaciones para concluir con la reflexión sobre los cambios identitarios entre generaciones.**

## **Localidades y grupos de parentesco**

### **Pilén**

Se ubica en los faldeos orientales de la Cordillera de la Costa. La ciudad más cercana es Cauquenes; hacia la parte alta de la cordillera llamada La Montaña se ubica Cayurranquil que fue creciendo con la expansión de las plantaciones de bosque artificial desde los años setenta en adelante. Pilén fue disminuyendo su población a lo largo del siglo XX. En los años veinte, el pueblo contaba con 687 hombres y 690 mujeres, el caserío con 13 hombres y 25 mujeres y en el fundo del mismo nombre vivían sólo diez hombres y 5 mujeres, un número de personas semejante a los otros fundos del lugar. Testigo de la disminución de la población son las casas hoy abandonadas tanto de pequeños propietarios como de los fundos en lo cual han incidido distintos factores. Los procesos migratorios campo-ciudad, la reconversión productiva de los fundos que han disminuido su fuerza de trabajo y los terremotos que han terminado con las casas de adobe. Las casas y bodegas del fundo Aldea así como las casas de los inquilinos ya no existen y de la misma forma muchas de las casas de los campesinos se han terminado de caer con el terremoto de febrero 2010.

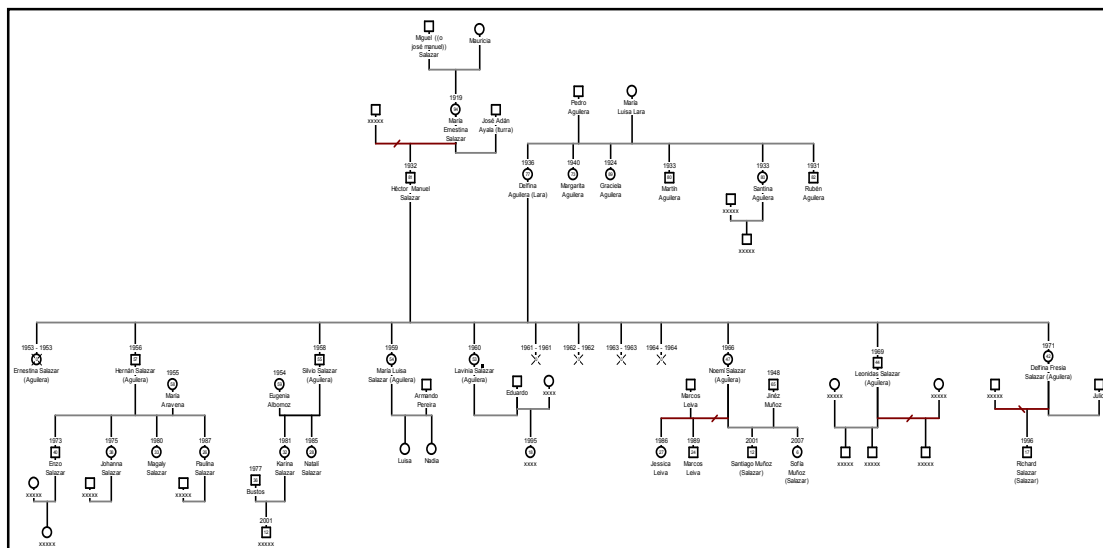
En este proceso de desocupación del campo han incidido últimamente otros factores como el avance del bosque artificial desde La Montaña a las tierras de ladera de la vertiente oriental de la Cordillera de la Costa, la venta de tierras de los pequeños propietarios, la disminución de los empleos agrícolas en los fundos y las políticas de subsidio del Ministerio de Vivienda en Cauquenes y sus alrededores que han motivado a las generaciones más jóvenes a abandonar el campo.

A mediados del siglo XX se vivía de la combinación de la pequeña agricultura en tierras propias, del trabajo en los fundos cercanos, de las medierías para cultivos y producción de carbón de campesinos en fundos, de la recolección de hongos y avellanas en el bosque y de la producción de loza que hacían las mujeres. Los contactos con la ciudad (Cauquenes y Santiago) los establecían más las mujeres que los hombres. Cada familia proveía a la metrópoli de mujeres que se desempeñaban como empleadas domésticas u obreras de la manufactura textil. La mayoría de las mujeres que permanecían en el campo eran loceras que frecuentaban a pie el mercado de Cauquenes para vender su loza. Los

hombres en cambio se desplazaban a Cauquenes, en particular los medieros y pequeños propietarios, los días de mercado para la venta de alimentos y carbón.

Las familias eran numerosas y los niños solían circular en la comunidad. Cuando los abuelos quedaban sin ayuda, niños y niñas solían entregarse de una familia a otra siempre entre parientes como “compaña” por sus padres a los mayores. Apenas frecuentaban la escuela, de dos a cuatro años cuando más. Niños y niñas a corta edad comenzaban a trabajar ayudando a sus padres y madres ya sea en la agricultura, en la labor alfarera e incluso en la quema de carbón, recolección de frutos del bosque y las niñas en las labores domésticas. Como resguardo a la vejez, casi siempre una hija mujer permanecía soltera en el lugar para cuidar a sus padres. A menudo se trataba de la hija más tímida, con alguna discapacidad, la menos dotada para hacer frente a los retos que imponía la vida urbana.

Conforme la dotación de tierras, unos y otros se dedicaba a distintas actividades. A menor cantidad de tierras, mayor inclusión de los hombres como asalariados, inquilinos o medieros en los fundos. Así como la mediería se establecía para mitigar la falta de tierra, el mingaco se realizaba en épocas en que se requerían muchos brazos para las siembras y cosechas. Los hombres de la comunidad realizaban las tareas agrícolas, las mujeres la comida que se daba como retribución al trabajo durante la minga.



**PILEN GRUPO DE PARENTESCO SALAZAR – AGUILERA**

### Lo Ermita

El Censo de Población de 1920 consignó 101 hombres y 80 mujeres en el fundo Lo Ermita<sup>1</sup>. Un estudio de los años cincuenta informa sobre las subdivisiones de los fundos del Valle del Maipo, fenómeno acentuado por la cercanía de la ciudad de Santiago. El fundo lo Ermita, parte de este proceso, se subdividió entre 1940-1941<sup>2</sup> lo que hizo que la propiedad que conservó el nombre hasta ahora, redujera sus trabajadores a veinte y cinco en los años 1980 y actualmente a doce que viven con sus respectivas familias en el fundo actualmente plantado de viñas y almendros.

En la década de 1940-50, el fundo de cien hectáreas estaba plantado de viñas y cultivos anuales. La dotación de cerca de veinte y cinco inquilinos residentes tenía acceso a casa, pequeños trozos de tierra a su alrededor y a leña. Se les remuneraba en salario y se trataba de un tipo de

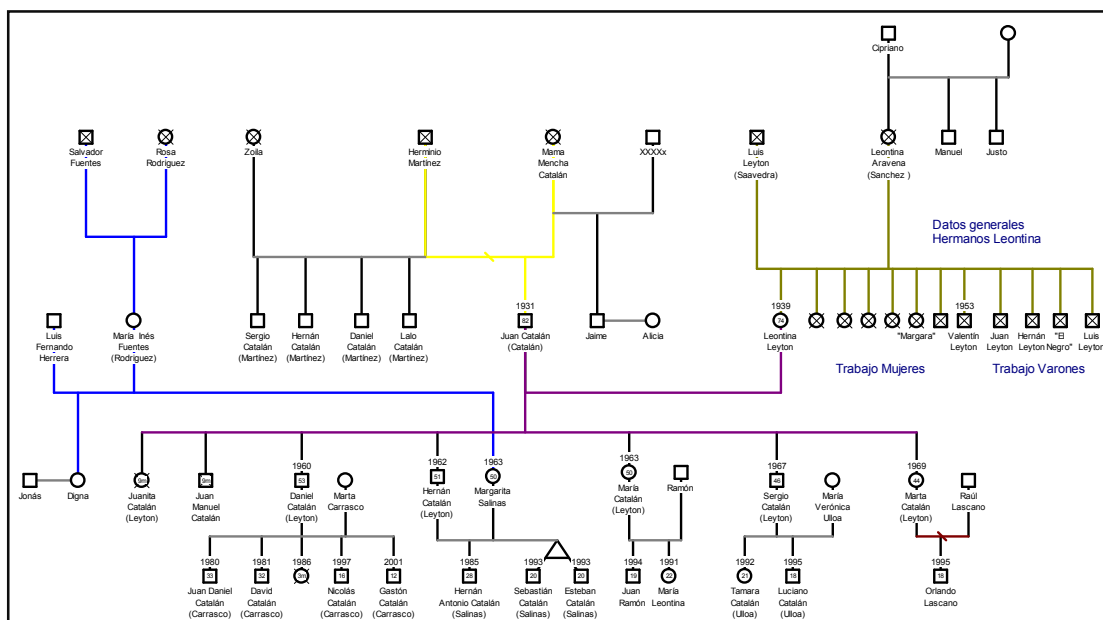
<sup>1</sup> Censo de Población 192. pág. 181.

<sup>2</sup> Gene Ellis Martin. La división de la tierra en Chile Central. Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Educación. Departamento de Geografía-Instituto de Geografía, Santiago 1960. pág.43.

“inquilino en transición” que iba perdiendo las características del inquilinaje tradicional de las grandes haciendas que contaban con más regalías y menos salario. Los hombres se dedicaban al riego, mantenimiento de las viñas y cultivos. En épocas de cosechas llevaban a sus familias, mujeres e hijos, a las vendimias con lo cual engrosaban su propio salario y los ingresos familiares.

En los ochenta el fundo ya estaba cercado dividiendo las áreas de plantaciones de las casas de los inquilinos cuyos sitios se habían disminuido para dejar apenas la casa y un pequeño patio con salida a la calle de entrada al fundo. Las mujeres reclamaban que ya no se podía ir a buscar leña ni frutas pues estaba lleno de cierres y rejas. La luz que tenían gratis comenzó a cobrarse lo mismo que ocurrió con el agua potable. Estas restricciones coincidieron con la muerte del antiguo dueño –un médico de Santiago- y el traspaso de las tierras a sus hijos.

En la actualidad la dotación de trabajadores ha disminuido a la mitad de la que existía en los ochenta (de 25 a 12); en paralelo ha cambiado la organización del trabajo. Los almendrales cuya producción se procesaba con mano de obra de las familias residentes y gente de afuera ahora se venden con cáscara lo cual ha terminado con el trabajo de mujeres y jóvenes en la temporada de cosecha.



## LO ERMITA GRUPO DE PARENTESCO CATALAN - LEYTON

### Bellavista

El Censo de 1920 contabilizó a treinta y cinco hombres y cuarenta y cinco mujeres viviendo en el fundo Bellavista<sup>3</sup> ubicado a una quincena de kilómetros de San Vicente de Tagua Tagua en la región de O'Higgins. En los años treinta se subdividió en cuatro partes que quedaron en manos de cuatro nietos del propietario. En los años setenta, una de las partes volvió a subdividirse en cuatro hijuelas, una fue vendida mientras las otras que estaban arrendadas. Restaban cien cuadradas del fundo original cultivadas de trigo, maíz, maravilla, leguminosas y hortalizas.

En 1971 un grupo de trabajadores se tomó el fundo (inquilinos y afuerinos); luego fue oficialmente expropiado por la CORA. Constituido el asentamiento se intensificó el uso del suelo, se introdujo remolacha azucarera y maravilla y plantaciones de frutales. Los asentados adquirieron tractores, producían colectivamente y gozaban de un huerto para los cultivos individuales.

Ese mismo año se formó un pequeño poblado al costado del asentamiento donde se instalaron ex inquilinos y campesinos sin tierra. Entre el año 1974-76, creció el poblado por el traslado de los

<sup>3</sup> Censo de Población 1920. pág. 132.

asentados expulsados del fundo El Naranjal y más tarde por los asentados expulsados del asentamiento Bellavista que fue restituido a su antiguo dueño. Esta “urbanización forzosa” se dio en otros lugares en los años de la contra-reforma agraria.

Inicialmente el poblado se formó con campesinos sin tierra, inquilinos y afuerinos que habían estado vinculados al fundo Bellavista. Entre los primeros pobladores hubo 17 familias de campesinos sin tierras y 8 ex inquilinos del fundo Bellavista. Fueron los propios asentados del fundo los que cedieron cinco cuadras a los inquilinos que no participaron en la toma del fundo. La población se inauguró las 25 familias -8 inquilinos y el resto trabajadores temporales afuerinos- en los terrenos cedidos a un costado del Asentamiento. Fue en este momento donde el paisaje se vio interrumpido por la irrupción de la población asentada en sitios de unos mil metros cuadrados.

Cuando se restituyeron las tierras al propietario del fundo, el poblado se amplió con los 20 asentados despojados de la tierra. El proceso de urbanización espontánea que se dio con la cesión de terrenos por parte del asentamiento a los pobladores que ya vivían en el lugar fue regulado por los poderes locales en el momento de la devolución del fundo. Se vendieron los sitios a las familias. Las 25 primeras que se vieron forzadas a subdividirlos en dos lotes de 500 metros cuadrados para dar cabida a las 20 de los expulsados.

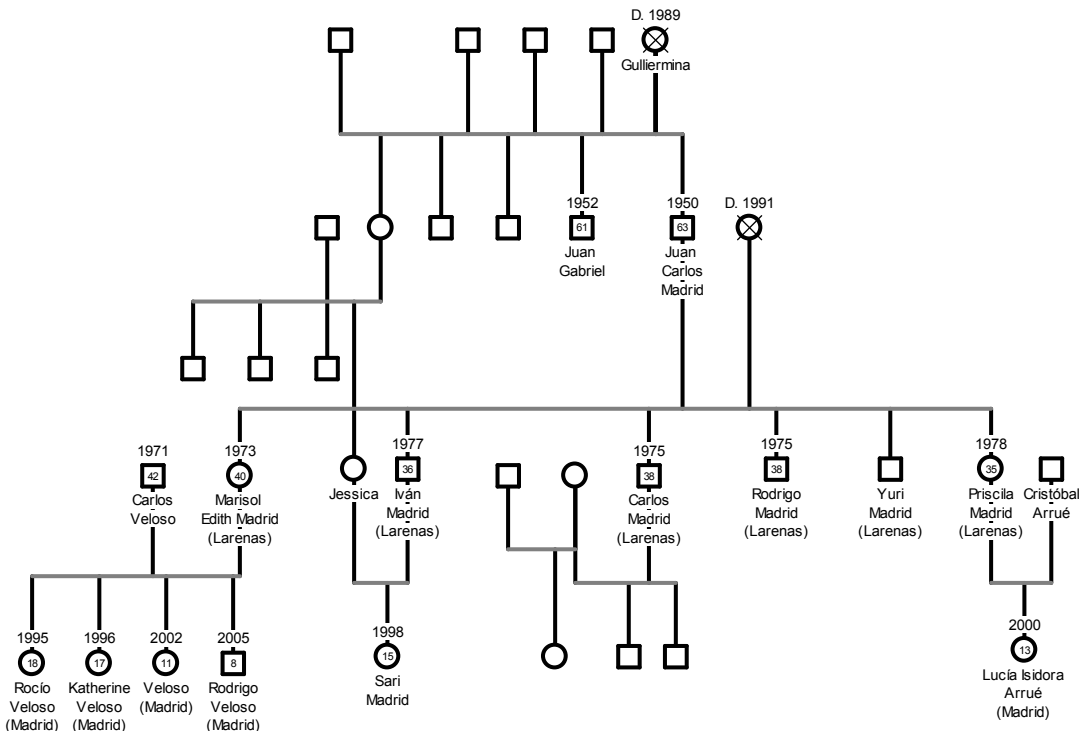
Ese año el propietario del fundo hizo desaparecer de sus tierras recuperadas las casas de los asentados y todo vestigio de los años de la reforma agraria. Los ex asentados no pudieron recuperar sus viviendas y la plantación de cítricos que habían hecho fue quemada. Así se borró del paisaje todo vestigio de la reforma agraria.

El año 1980 el número de pobladores había aumentado a 55 familias ya que el villorrio también fue receptor de otros asentados expulsados por no haber accedido a parcelas o haberlas vendido. Tal es el caso de 5 familias que no accedieron a tierras con la subdivisión del asentamiento El Naranjal originado por la expropiación del fundo del mismo nombre<sup>4</sup>. Otras familias se sumaron al poblado en esos años debido a que vendieron sus parcelas al dueño del fundo El Naranjal que quedó con la reserva y comenzó a recomponer su antiguo fundo por la vía de la compra de parcelas a 23 los asignatarios que quedaron con tierras de los 48 asentados que fueron originalmente.

Esta “urbanización forzosa” se reprodujo en los alrededores. Cerca de este villorrio, en la localidad llamada Rastrojos se formó otra población con semejantes características.

---

<sup>4</sup> El fundo El Naranjal vendió una parte en los años treinta a la Caja de colonización Agrícola. El año 1938 se creó la Colonia Pedro Aguirre Cerda. Algunas parcelas fueron compradas en esos años por inquilinos del fundo. En los años 1980 quedaban sólo 2 parcelas en manos de los que fueron inquilinos de El Naranjal. Durante la reforma agraria se expropió una parte del fundo quedando en manos de su dueño la reserva. En 1974 se dividió el asentamiento El Naranjal pero no todos los asentados quedan con parcela.



## GRUPO DE PARENTESCO BELLAVISTA

La generación mayor: artesa, pala y azadón

Con la reforma agraria los hombres mejoraron sus condiciones de trabajo, algunos accedieron a tierras y aumentó como nunca en la historia la sindicalización mientras las mujeres no accedieron a tierras y fueron testigo del aumento de la asociatividad en los Centros de Madres lo que facilitó la salida de la casa y el acceso a bienes de mejoramiento del ámbito doméstico y a los servicios públicos, especialmente salud y acceso a contracepción.

En las tres localidades los hombres, esposos y padres en los ochenta se dedicaban al trabajo agrícola como asalariados o inquilinos. Vivían en fundos, nacieron en fundos o pequeñas propiedades que no logran retenerlos por la estrechez de tierras. Comenzaron a trabajar a corta edad en la agricultura. Antes del matrimonio, solían trasladarse de un fundo a otro, de un empleo agrícola a un empleo en otras actividades (minas, ciudad). Fueron hijos de familias unidas en matrimonio así como de madres solas o bien se criaron con sus abuelas por la dimisión de ambos padres.

Las mujeres de esta generación trabajaban desde pequeñas en el dominio doméstico y en la agricultura; las de áreas de pequeña propiedad facturan loza imitando a sus madres y mujeres parientes. Al formar pareja continuaron trabajando ya sea en la pequeña producción agro-ganadera, como asalariadas temporales en viñas y frutales en fundos o produciendo loza para el mercado (Pilén). Como los hombres de la generación mayor, ellas son hijas de parejas constituidas, o huérfanas de madre, dejadas en manos de abuelas por ambos padres. Algunas fueron a la ciudad a trabajar como empleadas domésticas.

Entre la parentela, hermanas y sobrinas e hijas mayores también se han ido a la ciudad, en particular en el área de pequeña propiedad. Hombres y mujeres han frecuentado la escuela pocos años puesto que se los requería en la familia para el trabajo en los dominios agrícolas y domésticos.

Se trata de una generación de vientres fecundos y de brazos abundantes puesto que los hijos al igual que los padres trabajaban desde niños. Las familias eran numerosas y heredaban las conductas reproductivas de la generación precedente aunque fue el período en que las mujeres comenzaron a tener acceso al control de la natalidad.

Leontina (1939), fue la décima en el orden de los nacimientos y señala *“mi amita tuvo doce hijos, seis hombres y seis mujeres”* mientras se desempeñaba en el fundo como ordeñadora. Todos sus hermanos fueron inquilinos y asalariados en fundos y sus hermanas se unieron a inquilinos y asalariados agrícolas. Leontina Leyton a su vez formó pareja en el fundo Lo Ermita al que llegó desde el fundo Viluco donde se conocieron con Juan Catalán, hijo natural nacido en un fundo de Rapel quién obtuvo trabajo estable en el Fundo Lo Ermita; tuvieron *“siete hijos, los mayores se me murieron. La Juanita, fue la mayor, mujer y Juan Manuel, los dos se me murieron. Después vino el Dani, el Daniel, en el 60. También el susto que pasamos, pensamos que nos iba a pasar igual que los otros. Y después vinieron los otros... El Hernán el 62, la Negra el 63, el Sergio el 67 y la Marta en el 69”*.

Tita Larenas, nacida en 1944 en las cercanías del fundo Bellavista, criada por su abuela paterna, se casó con Juan Carlos Madrid hijo natural de empleada doméstica después de haber trabajado un par de años en Santiago como niñera estando en el asentamiento Bellavista el año 1972. Al año 1983 tenía seis hijos: *“Marisol, Juan Carlos, Iván, Rodrigo, Priscila, Yuri”*.

De su lado Delfina Aguilera, alfarera de Pilén hija de campesinos, huérfana a temprana edad de madre y dejada a cargo de parientes se casó con su primo Héctor Salazar, trabajador agrícola e inquilino de fundo. De esta unión nacieron seis hijos, tres hombres y tres mujeres.

### **La generación intermedia: la generación de los artefactos electro-domésticos**

Va a ser la generación intermedia, hijas y esposas de los hijos de estas mujeres la que va encarnar otro modelo de familia, menos numerosa, con más años de estudios que sus padres y madres y con una marcada identidad orientada por su papel de madres preocupadas por la educación de sus hijos. Corresponde a la generación que comienza a tener acceso a electro-domésticos. Muchas de ellas secundan a sus esposos en el trabajo agrícola papel que comparten con sus madres y suegras percibiendo salario temporal *“para ayudar al marido”* en los gastos del hogar. Aunque trabajen temporal u ocasionalmente su identidad está marcada por su papel de madres. Aunque otras mujeres de esta generación que han migrado a la ciudad siempre hayan trabajado como empleadas domésticas, obreras o comerciantes, ellas también están fuertemente orientadas al logro de la educación de sus hijos lo que ya se ha incorporado plenamente como aspiración de un tipo de familia conyugal que persigue lograr movilidad social por esta vía.

Algunas observaciones merecen las trayectorias de la segunda generación de mujeres. Es más frecuente la migración en el área de pequeña propiedad. Así, de las hijas de Delfina migró la hija mayor y la que le sigue a Santiago. La primera se casó, tuvo dos hijos que educó en la universidad. La segunda se casó tardíamente y no tuvo hijos, la tercera migró a Cauquenes, tuvo dos hijos de una primera unión y dos de una segunda unión. Los dos primeros estudiaron uno en la Escuela de Aviación en Santiago y la hija mujer en la universidad en Talca mientras los menores permanecen en el liceo. La hija menor migró a Santiago, trabajó en la industria textil, tuvo un hijo soltera y volvió a Pilén. Vive actualmente en Cauquenes con su hijo que comienza estudios técnicos. Los hijos de Delfina, un obrero, un trabajador agrícola (residentes en Cauquenes) y el menor que trabaja en una carnicería en Santiago también han logrado que sus hijos e hijas accedan a educación superior técnica y universitaria. Lo común es que las hijas mujeres estudien Pedagogía en Educación Básica y los hijos hombres carreras técnicas.

El caso de la familia de Leontina y Juan sigue una tendencia similar: los hijos hombres permanecen en la agricultura, se casan, tienen menos hijos (2 a 4) mientras las hijas mujeres alcanzan más años de estudios (porque son las menores) e incluso estudios técnicos y universitarios lo que se generaliza en la tercera generación. Las carreras pedagógicas son las elegidas por ambos sexos: Marta, hija de Leontina es Técnico Agrícola y Profesora de Educación Básica mientras que su hijo estudia Kinesiterapia en la universidad; uno de los hijos de Hernán es Profesor de Inglés con estudios en Chile y USA mientras el resto de los nietos aspira a seguir carreras pedagógicas (las mujeres) y carreras técnicas (los hombres). En la familia de Tita y Juan Carlos ocurre lo siguiente: los hijos han quedado huérfanos de madre hace una década, con anterioridad han sido expulsados del asentamiento devuelto a sus antiguos propietarios; Juan Carlos y dos de sus hijos hombres viven en un villorrio rural. Las dos hijas mujeres como en el resto de los casos, han cursado 4° medio, la mayor se capacitó y trabajó en Gendarmería, actualmente tiene su propio negocio, está casada con un Gendarme y tuvo cuatro hijos: la mayor está en la universidad; la que le sigue en edad, trabaja con un subcontratista de mano de obra para la fruta y gana bien, es casada con un obrero de agroindustria porcina, tiene una hija. Dos de los hijos hombres tienen una pequeña empresa dedicada a la construcción y pintura, otro de los hijos hombres trabaja con sus hermanos en pintura y estudia en la universidad Ingeniería en Riesgos; el menor tiene cierta discapacidad y es obrero agrícola temporal.

### **La generación de los años setenta: casa propia, vida propia**

Delfina Salazar Aguilera (42 años), nacida en Pilén, residente en una villa en Cauquenes es hija de un hijo de pequeña propietaria que se empleó como inquilino, hoy jubilado y de una locera activa. Ellos son actualmente propietarios de un terreno en Pilén. Delfina es la menor de los seis hijos de esta pareja, tres hombres y tres mujeres. El mayor sigue, como lo hizo su padre, trabajando en la agricultura, el que le sigue en empresas de construcción de caminos, ambos viven en Cauquenes; el menor de los hombres vive en Santiago y trabaja en una carnicería; la mayor de las hijas mujeres vive en Santiago, fue obrera textil y ahora trabaja como empleada en casa particular, la hija del medio vive en Cauquenes y trabaja en una recauchadora de neumáticos que sostiene junto a su marido.

Delfina tiene 4° Medio de educación secundaria. Al salir del liceo, se fue a trabajar a Santiago en aseo de industrias y luego en cargos administrativos en empresas textiles. Allí vivió diez años y tuvo un hijo soltera que tiene 16 años y termina su educación secundaria con el propósito de completar estudios técnicos en mecánica. Ella y su hijo viven en una casa lograda con subsidio habitacional, viven con la ayuda de la madre, todavía locera mientras ella es la que se preocupa de acompañar los fines de semana a sus padres en el campo.

Priscila Madrid nació en la población Bellavista resultante de la expulsión de su familia y otras familias del asentamiento Bellavista formado con la reforma agraria. Vive en una localidad de Pichidegua junto a su marido y una hija. Es la hija mujer menor de un obrero agrícola que durante tres años logró acceder a la redistribución de tierras de la reforma agraria para luego volver a la condición de obrero agrícola por la devolución de la tierra a su propietario; su madre fallecida era dueña de casa. Son seis hermanos, cuatro hombres y dos mujeres. Uno de los hermanos trabaja y estudia Prevención de Riesgos, los dos que le siguen trabajan en pintura en San Vicente de Tagua Tagua donde también viven y los otros dos hermanos trabajan como su padre en la agricultura y viven con él en el poblado Bellavista. Su hermana compra y vende distintos productos y se hace su sueldo para contar con independencia.

Priscila tiene 4° Medio. Trabaja con un contratista de mano de obra para la agricultura en labores administrativas, de contratación y control de los/as temporeros mientras su marido es empleado en una chanchería. La pareja y la única hija que cursa educación media viven en una casa de subsidio en El Taco.



Marta Catalán es hija de inquilino jubilado todavía activo mientras su madre fue temporera en viñas y almendros. Es la menor de cinco hijos, tres hombres y dos mujeres. Dos de los hermanos trabajan como lo ha hecho y hace el padre en el mismo fundo en que nacieron todos los hijos de la pareja, el fundo Lo Ermita de Calera de Tango. El otro hermano vive fuera y es obrero de industria metalúrgica. Su hermana se dedica a producir y envasar hierbas medicinales y comparte la venta de huevos con su marido. Es la que más se preocupa y ayuda a los viejos.

Marta tiene 4º Medio, estudios completos de Técnico Agrícola y es Profesora de Educación Básica. Trabaja en un colegio cercano al fundo, vive en una casa de subsidio en la comuna vecina de Padre Hurtado donde también han accedido a casa de subsidio dos de sus hermanos y su hermana. Es madre soltera de un hijo de 17 años que ingresó el 2013 a la Universidad Mayor a estudiar Kinesiterapia.

Estas tres mujeres, las hijas menores de inquilinos y obreros agrícolas conforman una generación de tránsito entre una situación marcada por el analfabetismo o muy pocos años de estudio de sus padres e incluso de sus hermanos mayores a otra marcada por nuevas expectativas educacionales de sus hijos a veces lograda por ellas mismas. El tránsito de familias numerosas al hijo único y el cambio generacional que marca el abandono de la agricultura con el fin de acceder a otro tipo de empleo y de residencia. Ellas e incluso sus hermanos y hermanas han accedido a viviendas subsidiadas por el Estado en la mayoría de los casos en un medio rural que ha dado lugar a procesos de urbanización, visible en la creación de poblaciones y villas en terrenos que hace pocas décadas eran agrícolas. Aunque lograda por las políticas públicas de vivienda, la casa propia no es posible sin la ayuda materna en el caso de las hijas mujeres.

Al conocer el destino de los descendientes de inquilinos y obreros agrícolas se hace manifiesto otro fenómeno no menos significativo que el cambio de familias numerosas a familias con un solo hijo junto con la urbanización de la residencia impulsada por políticas públicas. Esto acompaña al proceso de “desagrarización” de la población rural, particularmente de las mujeres incluyendo en la generación más joven (los nietos) y a ambos sexos.

Estas mujeres, a diferencia de sus madres no se perfilan bajo una identidad definida por la maternidad usualmente acompañada en la generación mayor por el despliegue de oficios que reposan en la cultura campesina y empleos agrícolas temporales que se decodificaron como “ayuda al marido”.

Más que la maternidad como mandato de género y marca identitaria, lo que aparece en estas mujeres que bordean los cuarenta años es un lugar en la parentalidad signado por la preocupación de llevar a buen puerto el proyecto educativo del hijo único, lugar que suele ocuparse en ausencia de los progenitores hombres.

No obstante, esta tendencia convive con otras: familias conyugales, tres a cuatro hijos en los hermanos y hermanas mayores, el sello de dueñas de casas ocupadas de la familia de hermanas y nueras, una mayor diversificación en los empleos masculinos, independientemente que el proyecto de educación esté presente a lo largo de toda la generación intermedia (los hijos e hijas).

Si la migración campo-ciudad estuvo presente entre los hombres y las mujeres de la generación mayor y la intermedia para ocuparse como obreras en la manufactura textil, empleadas de casa particular, obreros industriales y en la construcción en la ciudad, hoy se hace visible un cambio marcado por estudios universitarios en Educación Básica en las mujeres y Educación Técnica como mecánicos los hombres. Hay desde luego excepciones: un nieto profesor de inglés, una hija de la generación intermedia que se incorpora a un oficio masculino como es el recauchaje de neumáticos, una hija que trabaja en la subcontratación de temporeros y cuya aspiración es transformarse ella misma en contratista de mano de obra que además juega en el club de fútbol del pueblo, su hermana que trabajó en Gendarmería para luego crear su propio sistema de ventas de diversos productos, el discurso de las mujeres que afirma la independencia económica, hacen pensar en cambios identitarios de envergadura entre la generación de los inquilinos y obreros agrícolas y la generación que hoy cuenta con menos de cuarenta años lo que se hará más patente en la generación de los nietos y nietas.

## Conclusiones

En el pasado las vidas de quienes habitaban el campo así como las identidades de hombres y mujeres se circunscribían, más que nada, al lugar. Lugar que hacía referencia al espacio físico, dónde se nacía, el tipo de actividades laborales, domésticas u oficios se realizaban. Estas dimensiones eran determinantes en la identificación de cada cual con respecto a otros: los del pueblo, de otros fundos o comunidades cercanas, los hombres, las mujeres. La ciudad y la experiencia urbana eran conocidas y relatadas por quienes habían dejado el campo que, de tanto en tanto, volvían a ver a los suyos.

Las experiencias y los contactos con la urbe de hombres y mujeres incidieron en las formas de vida rurales. Las de las mujeres en las formas de habitar, de hacer, de cocinar (cfr. De Certeau, 1990), el manejo de los asuntos domésticos, la casa, la crianza de los hijos; las de los hombres en el conocimiento y manejo de herramientas y materiales pero en particular, algunos, en el plano organizativo y político.

Las motivaciones para salir del campo se vinculaban a la falta de empleo y a las bajas remuneraciones locales, a la sujeción a patrones, administradores de fundos pero también a las restricciones que imponía la familia toda vez que se trabajaba gratis al alero del padre o de la madre.

Para quienes permanecieron en el campo, los referentes estuvieron delimitados por sus quehaceres en la producción, el trabajo, la familia. El patrón, el mercado, el padre o el marido definían el universo de las relaciones sociales de hombres y mujeres, adolescentes y niños. Instituciones como la iglesia, la escuela, el compadrazgo, las fiestas religiosas, los hechos vinculados a las edades de la vida como nacimientos, bautizos, matrimonios y defunciones convocaban a los miembros de la comunidad campesina a encuentros esporádicos.

Hoy en cambio, para las generaciones jóvenes los referentes se han ampliado en concordancia con los cambios que ha experimentado la sociedad. Los lugares relativamente cerrados y aislados que albergaron a comunidades campesinas y trabajadores de fundos con formas de vida volcadas sobre sí mismas dejaron de existir; las antiguas fronteras entre campo y ciudad se abrieron y las vidas actuales se despliegan fuera del tiempo circular de las labores culturales conducidas por las estaciones. El tiempo y el espacio se rehízo con la apertura de caminos, el acceso a los medios de comunicación, telefonía celular, internet y transporte.

Un hecho que rompió el aislamiento de las poblaciones rurales fue la reforma agraria con la emergencia del sindicalismo y la cercanía de los campesinos con las instituciones del Estado. Para las mujeres en cambio este aislamiento disminuyó con el acceso a postas, hospitales y los espacios organizativos fundados para fomentar su asociatividad, su mejor desempeño como madres junto a los vínculos con las políticas públicas como fueron los centros de madres.

Son manifiestas las diferencias en las maneras de pensar, hacer, habitar, situarse en el mundo, identificarse entre las generaciones. De la misma manera que la sociedad se transformó cambiaron las expectativas de las personas. De este proceso emerge un nuevo sujeto anteriormente opacado por la familia y la comunidad campesina. Tiene sentido enmarcar este proceso en lo que señala Touraine (1996: 65) según quién “el sujeto personal solo puede formarse apartándose de las comunidades demasiado concretas, demasiado holistas, que imponen una identidad fundada en los deberes más que sobre los derechos, sobre la pertenencia y no sobre la libertad”. Aún inscritas en estos vectores, las transformaciones identitarias se manifiestan en la pérdida de importancia de las normas familiares que modelaron el principio de autoridad centrado en el padre y/o esposo cuando a la vez cambió el concepto de honor tradicional frente a la disminución en importancia del matrimonio y al aumento de la filiación no matrimonial.

Hombres y mujeres no han vivido de igual forma estos procesos inscritos en la modernización y urbanización de las formas de vida rurales. Marcadas diferencias por sexo existen entre la generación mayor e intermedia tendiendo a mayores similitudes en las aspiraciones de la generación más joven

dotada de acceso a tecnología en comunicación, diferenciada de la generación de los abuelos por haber superado los 12 años de estudios en educación básica y media frente a 2 a 4 años de estudios que tuvieron los mayores. Géneros e identidades han cambiado con gran homogeneidad entre distintos territorios.